

INFLUENCIA DE LOS CONDICIONAMIENTOS POLÍTICOS, SOCIOECONÓMICOS, RELIGIO- SOS, CULTURALES, PSICOLÓGICOS E IDEO- LÓGICOS EN LA MODIFICACIÓN DE LOS HÁ- BITOS ALIMENTARIOS SERRANOS DESDE LA GUERRA CIVIL HASTA NUESTROS DÍAS

José Palomo González

Influencia de los condicionamientos políticos, socioeconómicos, religiosos, culturales, psicológicos e ideológicos en la modificación de los hábitos alimentarios serranos desde la Guerra Civil hasta nuestros días

Desde hace varias décadas existe un gran interés por la alimentación humana. Aunque con distintos puntos de vista ciencias como la Nutrición, la Medicina, la Historia, la Psicología, la Economía, la Biología o la Antropología la estudian. Sin embargo existen dos aspectos que reclaman especialmente la atención: uno, el de la nutrición, hace referencia a la adquisición de los elementos necesarios para sobrevivir y formaría parte del estado biológico del ser humano; el otro, pertenece al campo de la tecnología de la producción de alimentos. Ambos aspectos están relacionados con dos preocupaciones básicas de los humanos actuales; la salud, que implica la preocupación por lo que se debe comer para mantenerse sano y la economía, es decir, el coste de la “cesta de la compra”, etc. Además, ambos aspectos están íntimamente relacionados, como se comprueba en la cantidad de encuestas realizadas sobre la alimentación y valoración económica que cada vez con mayor rotundidad se efectúan en relación con el coste que una alimentación incorrecta supone para el sistema de salud.

Curiosamente, cuando nunca en la historia ha gozado el hombre de tal cantidad y variedad de alimentos, ni de los conocimientos que continuamente anuncian los mensajes publicitarios informando sobre la cantidad de nutrientes y sus efectos sobre la salud, las alarmas saltan sobre la

inadecuada nutrición seguida. Algunos consideran que o falta una educación dietética adecuada o que no se siguen las recomendaciones que se indican. Resulta un hecho claro que frecuentemente desde los medios de comunicación, y a través de las campañas de los sectores sanitarios y políticos, se realizan llamadas para volver hacia una alimentación más tradicional, similar a la de las abuelas de los jóvenes actuales cuyo consumo de grasa (bollería industrial, frituras de patatas, hamburguesas, etc) es excesivamente elevado. Esto se debe a que lo verdaderamente importante, relativo a la alimentación, coincide escasamente con los productos que la economía y la dietética nos ofrecen. Se produce porque, como señalábamos anteriormente, el hombre no es solamente un ser biológico y la comida una simple agregación de nutrientes. En efecto, la comida no es, y nunca lo ha sido, una mera actividad biológica; constituye algo más que una mera colección de nutrientes elegidos de acuerdo a una racionalidad estrictamente dietética o biológica (Contreras 1993:9) Así es palpable que cuando le preguntamos a los jóvenes qué nutrientes tienen los alimentos que comen la respuesta pueda ser correcta; sin embargo, su comportamiento alimentario es otro. Ello explica que seleccionen y escojan determinados alimentos debido a otros factores, que formarían parte del aspecto sociocultural. Entonces hablamos de marketing, publicidad o pertenencia a un determinado grupo, mentalidad o religión. Y esto demuestra la complejidad del hecho alimentario, donde intervienen cuestiones de muy diversa índole: biológico, ecológico, tecnológico, económico, social, político e ideológico.

Esta ponencia, aplicando la perspectiva histórica al espacio de tiempo comprendido entre el final de la Guerra Civil y la actualidad, pretende estudiar la influencia de los condicionamientos en los cambios de los hábitos alimentarios serranos. Así, comprobaremos como la dieta va evolucionando en función unas veces de condicionamientos políticos, otras económicos, religiosos, psicológicos, sociológicos o ideológicos. Podremos apreciar también la interacción entre el aspecto biológico y sociocultural del hombre. Las costumbres alimentarias serranas son fruto de los procesos adaptativos producidos y de las interacciones biosocioculturales, de tal forma que a través del conocimiento del hecho alimentario podemos conocer muchos aspectos de las condiciones de existencia de nosotros y nuestros antepasados.

En primer lugar debemos señalar que hemos seleccionado este periodo, de siete décadas aproximadamente, porque entendemos que a lo largo de él se producen una serie de acontecimientos transcendentales cuya influencia en los hábitos alimentarios es crucial. Además, dividimos ese espacio de tiempo en tres etapas por los mismos criterios: las transformaciones que en ellas se producen. Como señalábamos anteriormente los grandes cambios, tanto a nivel nacional como comarcal o local, causan modificaciones profundas tanto en el consumo como en la forma de elaboración de los alimentos. La cocina también se verá afectada por diversas circunstancias, que a la hora de producirse, vendrán unas veces ocasionadas por cambios políticos, económicos, sociológicos, etc. Por ello, la primera etapa abarcará desde el final de la Guerra Civil hasta principios de la década de los sesenta. La segunda englobaría los sesenta y setenta; por último, tendríamos una tercera que abarca desde los ochenta a la actualidad.

a) Guerra Civil hasta comienzos de la década de los sesenta.

La finalización de la Guerra Civil, abril de 1939, se adelanta en la Sierra, prácticamente, al verano de 1936 con la ocupación de la mayoría de los pueblos por parte de las tropas nacionales. Como consecuencia, algunos tienen que marchar, otros son encarcelados, pero lo que la inmensidad de serranos y serranas van a compartir, salvo contadas excepciones, es la miseria y la penuria económica que se prolongarán en el tiempo hasta avanzada la década de los cincuenta. La lucha por la subsistencia en su término crudo y real estará siempre presente. Esta lucha por lograr algo que llevarse a la boca incluye también periodos de hambre física, donde encontrar algo que alimente resulta misión casi imposible.

A los años de guerra, con la lógica destrucción de las estructuras productivas, se une la falta de actividad, lo cual afecta gravemente a la producción de alimentos. También estarán presentes los azotes climáticos, tanto la “pertinaz sequía” como el frío y las heladas. Y para colmo de los males el régimen impone una política autárquica, cuyo principio orientador se basa en el logro del autoabastecimiento mediante la explotación de las riquezas del subsuelo y el uso de productos sucedáneos: malta por café; gasógeno por gasolina, etc. La productividad es muy baja, fruto de la nula mecanización

pues se sigue utilizando el arado y la vertedera tradicional, junto con la total ausencia de selección de semillas y la escasez de fertilizantes. La ganadería no le va a la zaga en este deprimente panorama: un cerdo, algunas gallinas o una cabra son los únicos recursos posibles que aportan algo de carne, leche o huevos a la mayoría de la población.

En cuanto a las circunstancias políticas, el franquismo reproduce en la comarca el modelo: la Iglesia, a través del cura, ejerce una notable influencia. Igual sucede con las corporaciones municipales (alcaldes y concejales) y las Hermandades de Labradores y Ganaderos, sindicatos agrícolas integrados por patronos y obreros que están manejados por la oligarquía local. El orden se mantiene en los pueblos a través de la guardia civil, cuya labor violenta en un principio irá convirtiéndose con el tiempo en preventiva.

A lo largo de este periodo de hambre y subsistencia, se van a ir promulgando una serie de leyes que afectarán a todos los serranos. Así en 1938 se promulga el "Fuero del Trabajo", donde entre otras medidas se pretendía dotar a cada familia de un huerto que le sirviese para atender sus necesidades elementales y ocupar su actividad en los días de paro. Otra medida de tipo político que tuvo una gran incidencia fue la creación en 1937 del Servicio Nacional del Trigo, que obligaba a los campesinos a entregar el cereal producido al Estado. Los principales beneficiarios fueron los grandes propietarios, cuyas posibilidades de comercialización y distribución les permitían escapar de la vigilancia policial. Ellos eran los únicos que tenían los medios (silos o almacenes) y la capacidad para escapar al control. La inmensa mayoría, se tenía que conformar con eludir una mísera ración de grano con la que dirigirse, a altas horas de la madrugada, a un molino para convertirla en harina y posteriormente en pan.

Las consecuencias que acarrea esta situación son:

1.- El estraperlo

El control estatal ejercido para acaparar toda la producción original que el circuito oficial sea burlado y sustituido por otro, donde los productos adquieren precios desorbitantes. A partir de aquí comprar, vender, comerciar y producir se consigue al margen de las disposiciones oficiales. Los

productos más escasos y demandados pasan a este circuito, que permiten el enriquecimiento de unos cuantos desaprensivos. La corrupción hace su aparición. Igual sucede con la picaresca. No hay mejor momento para poner en práctica el refrán “de que el hambre agudiza el ingenio” como en este periodo. Así podemos comprobar como los productos se transportan en los lugares y formas más inverosímiles: depósitos de latón perfectamente adaptados a la espalda, planchas de tocino colgando de la cintura y colocadas entre las piernas de las mujeres, camiones de yeso o cemento en cuyos fondos aparecen tubos con arroz o harina, etc. La variación de precios entre ambos circuitos es muy grande. Un kg de azúcar pasa de 1,90 a 20 pesetas y un litro de aceite de 3,75 a 30 pesetas. El estraperlo supone una muestra más del hundimiento progresivo y moral de la sociedad española. La falta de escrúpulos de los estraperlistas es absoluta

2.- La ruralización de la vida serrana

Ante esta situación la población, mayoritariamente jornalera, se traslada a los cortijos y caseríos donde cultivará un trozo de tierra y criará algunos animales que les permita obtener alimentos. Además muchos compatibilizan esta actividad con algunos peonadas en las fincas de los medianos propietarios. Los salarios que reciben son miserables y se pueden calificar de “Jornales del hambre” (Sevilla-Guzmán, 1979:74). El paisaje se cubre de mínimas propiedades o arrendamientos donde la familia al completo colabora en la obtención de recursos. El aislamiento y la dispersión se acentúan. Las aldeas logran asentamiento poblacional positivo. La escasa tecnificación utilizada, unida al bajo nivel de capitalización y al muy débil grado de integración entre agricultura y ganadería, determinará que la “ruralización” a que asiste la población serrana de la postguerra tenga visos de hacer retroceder el país a siglos anteriores

3.- El racionamiento

La escasez de cereales y de otros productos de primera necesidad origina que el Estado pase a controlar la producción y el consumo. Este estricto sistema se denomina “racionamiento” y se impone en algunas zonas en mayo de 1939. Al año siguiente se generaliza. Se emiten una serie de cartillas que

tienen en cuenta el número de personas dependientes del cabeza de familia y el nivel salarial de la unidad familiar. A cada familia se le asigna una cartilla, requisito imprescindible para obtener algún alimento. Su ausencia obliga a acudir al mercado negro, con el consabido nivel de precios. Además, el Estado crea la Fiscalía de Tasas, organismo encargado de elaborar unas “guías” para que los productos puedan desplazarse. Los productos racionados son: aceites y grasas, azúcar, café, carnes frescas y congeladas, cereales, cebada, centeno, maíz, mijo, chocolate, frutas y verduras (excepto naranjas y cebollas), pasta para sopas, ganados de abastos (vacuno, lanar, cabrío y de cerda), patatas, aceite de orujo, arroz, leche condensada, legumbres, algarrobas, altramuces, garbanzos, guisantes, habas, judías, lentejas, pan, remolacha, queso, productos dietéticos, purés, mantequilla y harinas de arroz, de cereal y de legumbres. Por fortuna, quedan fuera de esta lista las bellotas y las castañas, verdadero plato nacional. Además, a la escasez de los productos hay que añadir su detrimento en la calidad. El pan es un ejemplo claro, su peso disminuye hasta 150 y 200 grs. la ración y adquiere un aspecto negruzco, plúmbeo y compacto, fruto de la mezcla de harinas y de su baja calidad. El racionamiento se hará eterno y no va a concluir hasta el 16 de mayo de 1952.

4.- El contrabando

Algunos productos como el café se van a adquirir en el vecino Portugal. Los contrabandistas contratarán porteadores que recibirán una mochila vacía y dinero para dirigirse a la frontera, donde comprarán 25 kg. aproximadamente del grano negro. Posteriormente, por trochas y caminos poco transitados regresarán con la carga para recibir una cierta cantidad de dinero. Esto si tenían la fortuna de que la Guardia Civil, especialmente vigilante en este periodo, no los detenía, quitándoles la mochila

5.- La búsqueda de recursos alimenticios

La dificultad de obtener alimentos obliga a que cualquier producto susceptible de ser consumido pase a formar parte de la dieta de los serranos. La búsqueda de plantas es continua: lechuguillas de campo, colleja, verraza, etc resultan manjares para los hambrientos estómagos. Cada vez se necesita recorrer más espacio para encontrarlas, ante tanta demanda.

Pero no solamente se consumen productos silvestres sino que la desesperación origina que las peladuras de patatas se fríen y se llegue incluso a desenterrar un cochino muerto para comérselo.

6.- El aumento de la miseria y de las enfermedades

La inadecuada y escasa alimentación, junto a unas condiciones higiénico-sanitarias muy deficientes, donde sirva de ejemplo que en muchas viviendas la entrada, tanto de personas como animales, se realiza por la misma zona o que ambos espacios están lindantes, origina que las enfermedades se propaguen. El parasitismo hace su agosto: chinches, piojos, pulgas, etc. proliferan por doquier. Las enfermedades aumentan ante esta situación y la difteria, el paludismo, la fiebre tifoidea, el tifus exantemático (piojo verde) y la tuberculosis pulmonar azotan a una población muy débil. La mortalidad aumenta.

Esta situación es especialmente grave en el invierno de 1940/41 debido al intenso frío, que ocasiona daños tanto en la salud como en las raquílicas cosechas. A partir de este momento el maíz pasa a formar parte del pan y de las gachas. Otro momento crítico se produce en 1943 con la aparición de la sequía. Los campos se resecan y los pantanos agotan sus reservas.

Al final de los cuarenta la situación mejora sensiblemente con la llegada del trigo y la carne argentinos. Sin embargo, hasta 1950 no se podrá ver el final del túnel. Precisamente ese mismo año llegan 12.000 Kg. de hígado de bacalao, donado por los armadores de buques de pesca noruegos, que paliarán en parte la avitaminosis de los niños españoles en general y serranos en particular. Ese año, además, se decreta la libertad de algunos artículos intervenidos, como la patata, los garbanzos, el arroz o las alubias. Dos años más tarde se suprime la cartilla de racionamiento y los escaparates ofrecen nuevos productos. El fin del intervencionismo supone, a su vez, la desaparición del mercado negro. Ya no hay necesidad del doble circuito. Aunque tímidamente la ley de la oferta y la demanda empezará a regir el mercado.

1953 va a ser también un año clave, pues se alcanza la renta de 1935 y España firma dos acuerdos claves: el del Concordato con la Santa Sede y el Pacto con los Estados Unidos. Una cierta apertura al exterior se produce y la ayuda militar y económica se dejará sentir. Además, otros símbolos marcan este año: la fabricación del 600 y el abandono de la alpargata. El avance prosigue lentamente, con altibajos, debido a factores climáticos (heladas, etc) y políticos, económicos y sociales que producen tensiones inflacionistas y la elevación del coste de la vida.

Precisamente al final de la década comienza un fenómeno que tendrá un efecto notable en los años siguiente en muchos pueblos y ciudades de España. Me refiero a la emigración. Ya en 1959 el número de españoles que marchan hacia Francia, Alemania, Suiza, etc es de 40.000 y al año siguiente esta cifra se dobla. Este fenómeno, incipiente en estos momentos adquirirá tintes dramáticos en las décadas siguientes donde muchos pueblos serranos verán reducida su población a la mitad.

Los condicionamientos políticos, sociales y económicos son claves en este periodo. Su influencia resulta capital. Las medidas adoptadas por el régimen impiden conseguir una producción adecuada. Las diferencias sociales también son determinantes, pues según se fuese jornalero o mediano propietario, o el hecho de poseer algunos animales (un cerdo, una cabra y varias gallinas) o un pequeño huerto, hace que la alimentación sea distinta, sobre todo en cantidad y calidad (González 1995 :45-46). . La alimentación es la primera damnificada de esa situación y como ejemplo podemos señalar la comida en un día normal de la posguerra, donde la cantidad y variedad son raquíticas para la mayoría de la población.

DESAYUNO: café de cebada blanca con tortas de bellota o de harina de maíz

ALMUERZO: Habas duras en guiso con patatas o verde frito (sin aceite)

CENA: cocido, sin carne y apenas algún garbanzo; sopa de ajos o potaje de castañas.

Un mediano propietario disponía de una alimentación más abundante y variada.

Así podía desayunar café con leche acompañado de pan frito o tostado con manteca. Incluso alguna repostería alegraba su comienzo del día, como buñuelos, tortas de harina o roscos.. A mediodía le esperaba un bollo vuelto con un torrezno de tocino, un guiso de patatas con lechuga o unas patatas fritas con tomate. Por supuesto, podía comer cuanto quisiera. Y para cenar tendría unas sopas de fideos acompañadas de algo de pescado cocido o frito o bien, de unas deliciosas croquetas de carne.

Pero para resumir podemos decir que, en general, en torno a 1960 las circunstancias son bastante mejores que en los dramáticos momentos del final de la Guerra Civil.

b) Década de los sesenta y setenta.

Continuamos el recorrido histórico con la puesta en marcha de un Decreto-Ley 10/1959 de 20/21 de julio, es decir, del Plan de Estabilización Económica (Nueva Ordenación Económica) que supone la aplicación de medidas políticas, económicas y sociales que afectarán a todos los españoles. Estas medidas afectarán, entre otras, a la liberalización de las importaciones y de las inversiones extranjeras, la limitación del gasto público, la flexibilización de los tipos de interés, etc. El dinamismo económico no tarda en dejarse sentir. El I y II Plan de Desarrollo de 1963 y 1968 suponen un crecimiento espectacular. Precisamente a la luz del I Plan surge el "Polo de Promoción de Huelva". Paralelamente se produce la emigración europea, con el consiguiente alivio en las cifras del paro y el aumento espectacular de divisas por parte de los trabajadores. Además, miles de turistas llegan a nuestras costas, dejando ingentes cantidades de dinero. Y para mejorar la balanza de pago las multinacionales vienen e invierten miles de millones.

El aumento de los ingresos y la posibilidad de importar permiten adquirir tecnología extranjera. Además se produce una reasignación de recursos productivos. La mano de obra excedente del sector agrícola se desplaza a la industria. De Andalucía, Castilla, Extremadura y Galicia hay una

gran emigración hacia las zonas industriales de Cataluña, Madrid, País Vasco y Valencia.

En consecuencia, la economía de España mejora sustancialmente, pasando a convertirse en un país desarrollado cuyas notas más destacadas son: elevación del nivel de consumo, reducción del analfabetismo, mayor movilidad social. Se da un cambio de mentalidad, fruto del paso de un país agrícola y subdesarrollado a otro industrial, de servicios, moderno.

La crisis del petróleo hace su aparición, sobre todo a partir de 1973, y la inestabilidad política ante una futura España sin Franco se otea en el horizonte. Tras la muerte de Franco se inician la Reforma Política y la Transición, firmándose en 1977 los Pactos de la Moncloa que generan un clima de paz y prosperidad hasta los primeros años de la década siguiente. Las medidas adoptadas en el terreno financiero, de rentas, etc benefician el control de la inflación y la estabilidad. El Estatuto de los Trabajadores, favorece este clima y así se acerca el final de los setenta.

Los cambios que se han producido en estas dos últimas décadas son impresionantes y se perciben en todo el país. Precisamente la Sierra va a sufrir estas nuevas circunstancias. La subida de los precios en el sector industrial atrae abundante mano de obra, procedente del sector agroganadero, el cual se muestra incapaz de abonar estos precios y como la producción serrana se había basado en una abundante y barata mano de obra, la falta de alternativa conduce a la crisis y al hundimiento de los mercados serranos que no pueden competir con garantía en las nuevas circunstancias. Muchos medianos propietarios venden sus tierras a Celulosa para la plantación de eucaliptus y marchan a Sevilla u otros lugares donde se instalan como pequeños industriales o comerciantes (Recio 1995:60). Otros continúan pero con grandes dificultades Pero es que otro acontecimiento afectará negativamente al sector ganadero serrano: la aparición en 1960 de la epidemia de peste porcina. El mercado del cerdo ibérico tardará varias décadas en recuperarse de semejante mazazo. Las economías domésticas, en las cuales no faltaba algún cochino para la producción anual de carne y embutidos, también se resienten.

Las consecuencias lógicas a esta situación, con salarios atractivos en las zonas industriales, mejores condiciones de vida, fruto de servicios educativos, sanitarios, de ocio, etc más cualificados, es el abandono de los pueblos serranos. La población de muchos de ellos se reduce alarmantemente. A continuación presentamos algunos ejemplos

LOCALIDAD	1960	1981
Almonaster la Real	5.171	2.390
Alájar	1.540	912
Aracena	7.643	6.328
Cortegana	8.344	5.548
Fuenteheridos	1.132	647

Fuente: Instituto Nacional de Estadística

Paralelamente a este fenómeno migratorio hacia las zonas industriales españolas y europeas, la Sierra va cambiando de paisaje. A las plantaciones de eucaliptus que hemos citado anteriormente se une el abandono de los caseríos y cortijos que proliferaron a continuación de la Guerra Civil. El aislamiento comienza a superarse. Los campos cada vez presentan signos más claros y evidentes de su abandono. Las parcelas cultivadas de leguminosas dejan paso al pasto y el matorral. Sólo algunas huertas sobreviven a este proceso.

Los cambios en el sector agrícola son notables. Las herramientas tradicionales (guadaña, hoz, azada, hocino, etc) dejan paso a los primeros tractores y demás máquinas. La labor agrícola se simplifica y no necesita de tanta mano de obra. El peso del sector agrícola sigue un proceso de descenso continuado. El número de agricultores cada vez es menor

Las comunicaciones mejoran, con carreteras con firme sólido y asfalto en la gran mayoría de ellas. Los primeros y escasos vehículos de principios

de los cuarenta dejan paso a los SEAT 600, Renault Gordine, etc. y a los camiones Barreiros y Pegaso. Las carreteras comienzan a sentir su paso. La comunicación con Sevilla se facilita, aunque el desplazamiento hacia Huelva se sigue realizando por una carretera estrecha y con demasiadas curvas; la misma que llega a la vecina provincia extremeña de Badajoz. El ferrocarril, deja atrás aquellos viejos trenes de vapor con asientos de madera y que frecuentemente llegaban con retraso para incorporar máquinas más modernas y que funcionan con carburante. La línea Zafra-Huelva sigue siendo un elemento fundamental en la escasa comunicación de la Sierra con la capital de provincia.

Los cambios también van a afectar a las tiendas de productos alimenticios. Superada la etapa del racionamiento, poco a poco llegan al mercado nuevos productos y andando la década de los sesenta las tiendas de ultramarinos ofrecen cada vez más artículos alimenticios. Tanto de la vecina Extremadura como de Sevilla o Huelva, llegan vehículos frigoríficos con nuevos productos congelados y refrigerados. La incorporación a estas tiendas y mercados de abastos, carnicerías, pescaderías, etc de productos congelados facilita la conservación de los alimentos. La carne y el pescado ya no necesitan consumirse rápidamente, se pueden conservar. El pescado llega básicamente a través de la línea férrea desde Huelva.

La vida doméstica también se beneficia de los últimos avances en el sector de los electrodomésticos. Se pasa de lavar en las piletas y lavaderos públicos a la instalación de la lavadora semiautomática y, posteriormente, a la automática. Los primeros frigoríficos permiten enfriar los alimentos y conservar en frío aquellos que lo necesitan. La estacionalidad se empieza a romper. Paralelamente los primeros televisores llegan a las casas serranas a finales de los sesenta, primero serán en blanco y negro y años después vendrá el color. Con la llegada de la caja tonta la publicidad del sector alimentario cambia y una nueva influencia surge sobre la alimentación. La tendencia hacia la homogeneización alimentaria se inicia.

Los cambios sociales también son apreciables. La familia reduce el número de miembros. Se pasa de la familia tradicional en la que conviven varias generaciones, desde abuelos y tíos hasta nietos y sobrinos, a la fami-

lia nuclear compuesta por padres e hijos. Las actitudes, derechos y estatus también se modifican, al igual que sucede con las relaciones de pareja y entre padres e hijos. Desciende la mortalidad y aumenta la esperanza de vida. También comienza a perfilarse un problema que se acrecentará en las décadas siguientes: el envejecimiento de la población, fruto de la emigración de los jóvenes y de la mayor esperanza de vida.

El analfabetismo desciende y muchos hijos de trabajadores serranos se desplazan a la ciudad para estudiar. Si antes una boda con un poderoso de la tierra era garantía de éxito y ascenso social ahora, a través del estudio y el esfuerzo, se logra el ascenso. La marcha de los estudiantes será otro factor que incida en la emigración, pues pocos serán los que regresen

Los veranos regresan aquellos que emigraron y los pueblos serranos aumentan su población en estas fechas y también en la celebración de fiestas. Serán la avanzadilla de lo que en épocas posteriores constituirán una cierta vuelta a la vida rural. Pero por ahora el turismo se reduce a la vuelta de los emigrantes. El Estado, consciente tanto del aislamiento del mundo rural como de su menor calidad de vida, comienza a invertir ingentes cantidades de dinero para paliar esta situación

Como hemos podido observar los cambios afectan a todos los órdenes de la vida cotidiana. Desde los electrodomésticos hasta el mobiliario. La estacionalidad se rompe en la alimentación. Ya es posible comer judías en diciembre o acelgas en verano. No resulta necesario el autoconsumo. La televisión ejerce una notable influencia en la conducta alimentaría. La alimentación ahora es muy distinta. Existe una gran variedad y cantidad. La estacionalidad y el autoconsumo se rompen. Las tiendas de ultramarino ofrecen abundantes y variados productos. El hambre desaparece y solo queda en la memoria de los que la padecieron. Algunos platos de este periodo son:

DESAYUNO: Café con leche y pan tostado con aceite

ALMUERZO: Gazpacho, sopa de tomates o patatas fritas con tocino, chorizo y huevo, carne en salsa o guiso de patatas con carne.

CENA: Sopa (incluye hueso de jamón en su elaboración) acompañada de pescado frito o cocido, croquetas; cazón en salsa o huevos rellenos.

c) Década de los ochenta hasta la actualidad.

Este último periodo abarcaría desde la instauración de la democracia con la aplicación de la Constitución de 1978 y la nueva configuración del Estado, hasta nuestros días. Al comienzo de los ochenta el desencanto se extiende por la sociedad española. Quizás el haber depositado excesivas esperanzas en la nueva situación, junto a las difíciles soluciones que se planteaban, contribuyeron a crear esta desilusión. La situación económica, en plena crisis, pone al descubierto las carencias y defectos de la etapa anterior. Además el paro, principal preocupación de los españoles, lejos de disminuir sigue su tendencia alcista. Las cifras aumentan vertiginosamente.

Al paro y la crisis económica se añade la inestabilidad política, fruto de varios factores:

* Discrepancias en el seno del partido gubernamental, UCD, cuyos barones minan la credibilidad y liderazgo de Adolfo Suárez y deterioran la cohesión.

* El aumento de la presión terrorista, tanto de ETA como del GRAPO

* El ruido de sables.

La deteriorada situación política incita al coronel Tejero el 23 de febrero de 1981

a una intentona golpista que le lleva a secuestrar a los diputados y al Gobierno en pleno en el Congreso. Su fracaso supone una gran afirmación y apoyo de la sociedad española al nuevo régimen.

La dimisión de Suárez y el deterioro del partido gubernamental permitieron que, por primera vez, el Partido Socialista obtuviera la mayoría absoluta en las elecciones de 1982. La transición había terminado. La llegada de los socialistas en 1982 se basó en que el programa electoral ofrecía "el cambio", basado en la creación de 800.000 puestos de trabajo, la celebración de un referéndum para la salida de España de la OTAN y la honradez.

La sociedad hizo suyo ese ofrecimiento de “cambio” y cedió las responsabilidades de gobierno al Partido Socialista. Posteriormente en las elecciones de 1986 y 1989 también ganarían por mayoría absoluta, pero esta última muy justa, anticipa el declive socialista que se hará más evidente en 1993, donde la victoria es relativa y que se culmina en la cita electoral de 1986 con la victoria del Partido Popular por una mayoría muy exigua. Esta victoria se repetirá en el año 2000 pero por mayoría absoluta.

Las transformaciones que se producen en estas dos últimas décadas son muy importantes. La entrada en la Comunidad Económica Europea y una mayor presencia en los foros internacionales permiten a la nación un elevado protagonismo. Los cambios van a ser notables y su incidencia se notará a todos los niveles, internacional, nacional, regional, comarcal y local. La presencia del Estado, a través de los Ayuntamientos, Comunidades Autónomas, etc en la prestación servicios públicos aumenta espectacularmente. Así se instaura el PER (Plan de Empleo Rural) que tanta incidencia tiene en la Sierra. El Estado, consciente de su nuevo papel da un paso firme y decidido hacia el llamado Estado del bienestar. Los años ochenta se caracterizan además por la presencia de una numerosa población joven, cuya llegada al mundo laboral se inicia en ese momento y que son los denominados “baby boom”, es decir los hijos de la explosión demográfica de los sesenta. Su llegada coincide con la recesión, lo que eleva espectacularmente la tasa de desempleo juvenil. Paralelamente, comienza la tendencia al envejecimiento de la población.

Otro aspecto clave en las transformaciones está en la incorporación de la mujer al trabajo. Esto supone una ruptura con los antiguos esquemas familiares y alumbran una nueva organización social. Atrás comienza a quedar el papel de sometimiento femenino hacia el hombre que había caracterizado a la mujer en el franquismo. La emancipación femenina comienza. Cuando accedemos a un restaurante resulta frecuente observar a mujeres ejerciendo su labor. Esto sería impensable veinte años atrás. Ni que decir tiene que una mujer con un carrillo de mano o el palaustre causaría pavor

La caída de la natalidad es muy potente, convirtiéndose en una de las más bajas del mundo, pues la tasa de fecundidad se sitúa en 1,2 hijos por

mujer, cifra muy inferior al mínimo necesario para el mantenimiento de la población. Paralelamente, el aumento de la esperanza de vida, ocasiona el envejecimiento de la población. Esta tendencia en la Sierra se ensombrece aún más con la emigración sufrida, pues resulta frecuente que sean los más jóvenes los que abandonen la comarca.

La tolerancia por otro lado es mayor, aunque continúan surgiendo brotes de racismo, xenofobia y de violencia doméstica. Al hilo de este fenómeno, el cambio es copernicano: España pasa de ser un país de emigrantes en la década de los cincuenta y sesenta a otro de inmigrantes, recibiendo continuamente miles de africanos, latinoamericanos, asiáticos y europeos del este, en busca de nuevas oportunidades. En nuestra Sierra el destino que encuentran son los restaurantes, la industria chacinera y el servicio doméstico. Paralelamente a esta emigración forzada y en busca de una oportunidad tenemos en muchos de nuestros pueblos a un cierto número de personas procedentes de otros países, Inglaterra, Australia, Alemania, etc, con un nivel cultural alto y que vienen en busca del clima, la historia, las costumbres y la tranquilidad serranas.

Otro hecho clave en este periodo y que ya hemos esbozado anteriormente, es el cada vez mayor peso específico del sector público en la economía serrana. Tanto el sector sanitario, como las prestaciones económicas y subsidios a los desempleados determinan que el Estado invierta ingentes cantidades de dinero en la comarca.

En cuanto a las comunicaciones, hemos de señalar que a lo largo de las dos últimas décadas su mejora ha sido notable, aunque queda mucho por hacer. Tanto las carreteras (nacionales Sevilla-Lisboa, Huelva-Badajoz) como el parque automovilístico mejoran espectacularmente. Esto, junto a un mayor poder adquisitivo de los españoles en general, hace que se desarrolle una nueva fuente de riqueza, en la cual los serranos tenemos mucho que ofrecer: el turismo rural. La vida urbana, que dejó los pueblos serranos vacíos hace algunos lustros, tiene unos costes negativos: deshumanización de las relaciones, aislamiento, estrés, etc Y entonces se produce una cierta añoranza hacia la vida rural. En la alimentación resulta este cambio muy gráfico, pues resulta que lo serrano, y no hacemos referencia únicamente al

jamón, transmite una imagen de calidad, de autenticidad. Esta necesidad de muchos urbanitas ocasiona que los fines de semana, puentes y vacaciones de la mayor parte del año, salpiquen el paisaje serrano deseosos de conocer nuestros paisajes, costumbres, fiestas y gastronomía. Precisamente los restaurantes ofrecen muchos platos procedentes de la cocina doméstica tradicional y que resultan sumamente demandados. La economía de la zona también se beneficia del número de alquileres que realizan las viviendas dedicadas al turismo.

Otro factor que ha cambiado en las últimas décadas hace alusión a la implantación y desarrollo de la industria chacinera. Su proliferación ha permitido mantener la población, frenando la emigración y permitiendo elevar el nivel de vida de los serranos. En muchos pueblos resulta frecuente que varios miembros de una misma familia trabajen en este sector productivo.

En cuanto a la alimentación observamos que el número de productos ofertados es cada vez mayor. Las técnicas de mantenimiento de los alimentos (congelación, refrigeración) junto con la mejora de las comunicaciones permiten que lleguen a nuestra Sierra todo tipo de productos. La ciudad está cada vez más cerca. El factor psicológico en este apartado refleja el cambio habido. Resulta frecuente desplazarse a Huelva o Sevilla a la visita del especialista, asistir al cine o al teatro, a pasear o a realizar compras. Una hora en el vehículo no tiene demasiada importancia. Por ello, se produce un hecho paradójico, nunca ha habido tanta uniformidad en lo producido y en lo comido, fruto de la deslocalización. Comemos plátanos de Canarias, kiwis de Nueva Zelanda o aguacates africanos. La oferta llega a todos los rincones. La elección de productos contempla una mayor disponibilidad. Las rutas comerciales se internacionalizan, se globalizan. Los condicionantes políticos y económicos son claros. La entrada en la CEE supone grandes modificaciones en la producción agroindustrial y en la importación de artículos procedentes de otros países. Desde Bruselas el Gobierno europeo establece las leyes del mercado alimentario. Impone a sus agricultores, ganaderos e industriales qué se debe cultivar, criar o fabricar, en qué cantidades, qué alimentos son más o menos productivos y exportables. Muchas variedades serranas de animales y vegetales, destinadas ante-

riormente al consumo, desaparecen (gallinas, leguminosas, plantas silvestres). Por contra llegan a nuestra mesa alimentos de cualquier lugar del planeta. Nunca ha sido tan común la dieta como en la actualidad. El menú de un neoyorkino se parece al de un madrileño. Y ante tanta uniformidad y oferta volvemos la vista atrás y recordamos aquellas comidas con cuyos sabores, olores y texturas nos identificamos. De ahí ese resurgir de la comida tradicional. Frente a las patatas congeladas se sitúan las que nuestras abuelas y madres recogían en los huertos y después dejaban en el doblado o bajo la cama, sin ningún conservante ni producto químico. Ello determina que la cocina se convierta en un factor clave de marcación étnica.

Pero aún se produce otra paradoja. Si en la década de los cuarenta la oferta de productos era limitadísima, cuando no inexistente, en la actualidad resulta extraordinaria. Hemos pasado del hambre a la abundancia. De no tener qué comer a comer cuanto queramos. Pero la salud y la estética nos impiden los abusos. Si antes no teníamos elección por falta de alimentos, ahora la ciencia y la estética nos imponen modelos que también nos limitan el consumo.

Desde los sectores políticos, los departamentos de Salud Pública de las distintas administraciones realizan campañas para que se adquieran nuevos hábitos alimentarios o se modifiquen los existentes. Así se recomienda elevar el consumo de pescado azul, aceite de oliva o jamón ibérico. Contrariamente se desaconseja el consumo elevado de embutidos, bollería industrial o de productos a granel obtenidos en puestos ambulantes o a domicilio, como sucedía hace 30 o 40 años con la leche de cabra o vaca serranas.

El culto al cuerpo, cuyo canon ha variado hacia una tendencia casi enfermiza hacia la delgadez, nos obliga a comer o rechazar este o aquel alimento. En la década de los cuarenta y cincuenta los condicionamientos religiosos eran muy potentes. La religión católica consideraba que la gula (comer y beber en exceso) era un pecado capital y alertaba sobre ello (Contreras 1993:37). Además prescribía las bondades del ayuno, es decir, la restricción o ausencia de ciertos alimentos como la carne o el alcohol. Durante esos años no había Jueves y Viernes Santo en los que no se respetase la norma.

Actualmente el ayuno se realiza por condicionamientos estéticos. Comemos menos para no engordar. El modelo impuesto ha cambiado mucho. En los cuarenta una oronda barriga era síntoma de elevada posición y resultaba muy difícil lograrla, dada la escasez de alimentos. Tan difícil como adaptarse en el siglo XXI al nuevo canon, marcado por la delgadez. Belleza y delgadez se unen (Fischler 1995:219-235)

Podríamos resumir la situación en la siguiente frase: “cuando queríamos no podíamos y cuando podemos no queremos”. Esta es la paradoja que actualmente nos atenaza. La vida sedentaria, en la que pasamos horas y horas sentados, nos impide consumir alimentos por los cuales generaciones anteriores hubieran suspirado

La variedad y cantidad de los productos alimenticios es enorme. Así, un desayuno puede ir desde un café con leche a un cola-cao o un zumo, junto a bollería industrial, pan o cereales. El almuerzo también cambia produciéndose un cierto retroceso en el consumo de legumbres. Ya no comemos tanto cocido o lentejas, sobre todo las nuevas generaciones que tienden al consumo de patatas fritas y hamburguesas. La cena es distinta, el yogurt está presente en la mayoría de las casas y platos muy usuales en otras épocas, como las poleás, se comen escasamente o de muy tarde en tarde. Tampoco se utilizan ya las conocidas “yemás”, combinados a base de huevo y mantequilla que las madres de los 50 y 60 daban a sus hijos como complemento calórico. Si entonces el objetivo era engordar, hoy es el contrario: adelgazar.

Concluimos indicando que a lo largo de estos últimos setenta años la alimentación ha cambiado, fruto de diversos condicionamientos. En un momento determinado han primado algunos más que otros, pero al final la influencia que todos ellos han ejercido, globalmente, han modificado y moldeado la dieta diaria de los serranos. Nuestros padres y madres, nacidos en la década de los veinte y los treinta han pasado del hambre a la abundancia, de padecer hambre física y escasez a poder comer cuanto desean. El cambio no ha podido ser mayor. Pero como hemos visto a lo largo de esta ponencia no existe la felicidad completa y nuevos condicionamientos (salud, estética, etc) se han impuesto. Si antes la escasez o la religión determinaban la ingesta, ahora la ciencia y la estética ejercen una notable influencia.

BIBLIOGRAFÍA

- CONTRERAS, J.: *Antropología de la alimentación*, Eudema, Madrid, 1993
GONZÁLEZ, I.: *Comida de rico, comida de pobre*, Universidad de Sevilla, 1995
RECIO, R.: *Antropología de la Sierra de Huelva*, Diputación Provincial, Huelva, 1995
FISCHLER, C.: *El (h)omnívoro*, Anagrama, Barcelona, 1995.